



Col·lecció
INSTRUMENTA  33

EL GRAN REY DE PERSIA: FORMAS DE REPRESENTACIÓN DE LA ALTERIDAD PERSA EN EL IMAGINARIO GRIEGO

Manel García Sánchez

Publicacions i Edicions



EL GRAN REY DE PERSIA:
FORMAS DE REPRESENTACIÓN DE LA
ALTERIDAD PERSA EN EL IMAGINARIO GRIEGO

Col·lecció
INSTRUMENTA  33

Barcelona 2009

**EL GRAN REY DE PERSIA:
FORMAS DE REPRESENTACIÓN DE LA
ALTERIDAD PERSA EN EL IMAGINARIO GRIEGO**

Manel García Sánchez

Publicacions i Edicions



ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO	11
AGRADECIMIENTOS	15
1. JUSTIFICACIÓN METODOLÓGICA	19
1. 1. De los <i>Persiká</i> a los historiadores de Alejandro: el problema de las fuentes y la larga duración	22
2. LOS BÁRBAROS Y EL BÁRBARO, LOS PERSAS Y EL PERSA: LA RETÓRICA DE LA ALTERIDAD	39
3. REALEZA GRIEGA VERSUS REALEZA IRANIA	55
3. 1. La realeza griega y la concepción clásica sobre la realeza aqueménida	59
3. 2. La realeza irania	71
4. Ο ΜΕΓΑΣ ΒΑΣΙΛΕΥΣ: LA GALERÍA DE LOS RETRATOS O LA MORALIZACIÓN DE LA HISTORIA	83
4. 1. Los reyes de Anšan: de Aquemenes a Ciro	84
4. 2. Ciro: el espejo de príncipes	89
4. 3. Cambises: el déspota enajenado y el inicio de la decadencia persa	103
4. 4. La usurpación del mago y el complot de los siete	110
4. 5. Darío I: el Gran Rey <i>kápelos</i>	114
4. 6. La <i>hýbris</i> de Jerjes	125
4. 7. De Artajerjes I a la muerte de Darío III	135
4. 7. 1. Artajerjes I Longímano: el monarca bello y magnánimo	136
4. 7. 2. Jerjes II: el Gran Rey efímero	138
4. 7. 3. Darío II: un bastardo en el trono aqueménida	139
4. 7. 4. Artajerjes II Mnemón: un Gran Rey entre mujeres y eunucos	140
4. 7. 5. Ciro el Joven: el príncipe que quiso ser rey	146
4. 7. 6. Artajerjes III: la crueldad como hábito	147
4. 7. 7. Artajerjes IV: un Gran Rey marioneta de un eunuco	149
4. 7. 8. Darío III Codomano: el Gran Rey fugitivo	150
5. EL HEREDERO DEL GRAN REY Y LAS LUCHAS FRATRICIDAS	155
5. 1. El príncipe heredero y la sucesión	156
5. 1. 1. La educación del heredero del Gran Rey	
5. 1. 2. La designación del sucesor del Gran Rey	158
5. 2. El príncipe heredero y la sucesión: de Ciro el Grande a Darío III Codomano	161
6. LA CONJURA DEL HARÉN: LAS MUJERES Y LOS EUNUCOS DEL GRAN REY	177
6.1. Las mujeres del Gran Rey	179
6. 1. 1. La madre del Gran Rey	180
6. 1. 2. La esposa del Gran Rey	184
6. 1. 3. Las hijas y las hermanas del Gran Rey	185
6. 1. 4. Las concubinas del Gran Rey	186
6. 1. 5. Las sirvientas del Gran Rey	189
6. 1. 6. La política matrimonial del Gran Rey	

6. 1. 6. 1. La poligamia del Gran Rey	190
6. 1. 6. 2. La aberración del incesto	194
6. 1. 7 Las mujeres en la corte del Gran Rey	198
6. 1. 7. 1 Mujeres en la guerra y en las cacerías	
6. 1. 7. 2 Viajes	199
6. 1. 7. 3 Mujeres simposiastas	
6. 1. 7. 4 La moral de las mujeres persas	200
6. 1. 7. 5 Las mujeres del Gran Rey como sujetos económicos	201
6. 2. Los eunucos del Gran Rey	204
6. 2. 1 Los eunucos del Gran Rey: título y función	206
6. 2. 2 Representación formal	213
6. 2. 3 Castración	214
6. 3 Las intrigas del harén	217
7. LA RELIGIÓN DEL GRAN REY	219
7. 1 Los <i>nómima</i> de la religión persa: algunos textos fundamentales	223
7. 2 La religión del Gran Rey: de Ciro el Grande a Darío III	237
7. 2. 1 El debate sobre la <i>proskýnesis</i>	238
7. 2. 2 Ciro el Grande: el monarca <i>eusebés</i>	242
7. 2. 3 Cambises: el soberano <i>anósios</i>	248
7. 2. 4 Esmerdis el mago	253
7. 2. 5 Darío I: el elegido de Ahura Mazda	254
7. 2. 6 Jerjes <i>asebéstatos</i>	259
7. 2. 7 La piedad del Gran Rey: de Artajerjes I a Darío III Codomano	267
7. 3 La impiedad como norma	273
8. EL GRAN REY EN LA GUERRA: ESCENAS DE LA DERROTA Y LA HUIDA	275
8. 1 Algunos <i>nómima</i> bélicos de la alteridad persa	277
8. 2 La <i>anandría</i> del Gran Rey: de Ciro el Grande a Darío III Codomano	278
8. 2. 1 Ciro el Grande: el monarca soldado	279
8. 2. 2 La imprevisión iracunda de Cambises	282
8. 2. 3 Darío I: la campaña escítica y el desastre de Maratón	283
8. 2. 4 Jerjes: la ferocidad arbitraria	285
8. 2. 5 Ciro el Joven y Artajerjes II: un combate singular	289
8. 2. 6 Darío III: el Gran Rey medroso	291
8. 3 Iconografías bárbaras	297
8. 3. 1 La guerra. Arqueros y caballeros (<i>ánoploi</i>) contra hoplitas. Amazonomaquias, gigantomaquias, griegos y troyanos	298
8. 3. 1. 1 El sarcófago de Alejandro: el fiasco de la alteridad	304
8. 3. 2 Iconografía cerámica y alteridad persa: un pequeño catálogo	305
8. 3. 2. 1 La imagen de la derrota	
8. 3. 2. 2 La representación del Gran Rey	317
8. 3. 3 El mosaico de la batalla de Isos entre Darío III y Alejandro	322
8. 4 La cobardía como segunda naturaleza	325
9. LOS BANQUETES PANTAGRUÉLICOS DEL GRAN REY O LA COCINA DE LA ALTERIDAD	327
9. 1 Los productos de la alteridad persa	329
9. 2 La mesa del Gran Rey: el espejo de la riqueza imperial	332

9. 3 El agua del Coaspes	344
9. 4 El vino de Calibón: <i>In vino veritas</i>	348
9. 5 El protocolo de mesa	350
9. 6 Coda: El Gran Rey ecónomo, las satrapías y los sátrapas del imperio	351
9. 6. 1 Sátrapas y satrapías: significado y función	
9. 6. 2 Don y Tributo	360
10. CONCLUSIÓN	365
PRINCIPALES ABREVIATURAS	369
BIBLIOGRAFÍA	373
ÍNDICES ANALÍTICOS	411
Índice de Fuentes	
Índice de Nombres Propios	438
Índice de personajes	
Índice de autores modernos	447
Índice de Palabras Clave	455
Índice de materias	
Términos en griego	458
Procedencia de las ilustraciones	461

PRÓLOGO

No es frecuente dentro del panorama de la historia del mundo antiguo encontrarse ante estudios que hayan sabido abordar con precisión y solvencia las experiencias vividas en la Grecia Clásica frente al estímulo de otras culturas vecinas, contrapuestas a sus usos y tradiciones. Esta clase de investigación requiere costosos esfuerzos suplementarios a la hora de ensamblar la sólida armazón de las disciplinas clásicas con un caudal de conocimientos paralelos y casi siempre arduos, realizando un ejercicio que pone sin duda a prueba las distintas conexiones que vivifican las ciencias de la Antigüedad. Dada la pobreza intelectual que descubro cada día en el entorno universitario, pendiente tan sólo de los superfluos artículos de carácter local y desentendido por completo de la tarea del auténtico académico de otras latitudes (ambas deformaciones son ya endémicas e incorregibles), constituye un alivio saludar el alumbramiento de obras como la presente, capaces de reconfortarnos con los sanos principios que deben presidir el oficio de historiar.

La historia de la antigua Grecia se halla estrechamente ligada a la impronta recibida desde Oriente, y hoy vemos con mayor o menor nitidez cómo los modelos y relatos comunicados desde Asia Menor -primero a través de Lidia y luego desde las comarcas ocupadas por los persas- constituyeron un apoyo singular en la construcción de la identidad y de las ideas de los helenos. En este largo proceso, iniciado ya en los albores de la época arcaica y culminado durante el siglo V a. C., el Imperio Aqueménida terminó señalándose como el cooperador más directo y relevante de la Hélade, superando las influencias parciales debidas a lidios, escitas y egipcios. Cuál fuera la razón de esta preponderancia radica sin duda en la fuerza militar alcanzada por los medos, una amenaza latente cuya repercusión sobre los griegos cabría analizar desde el prisma de la clarividencia nietzscheana: “Durante largos milenios, el hombre vio un peligro en todo lo extraño y vivo... La capacidad de entender rápidamente –que a su vez se basa en la capacidad de *disimular con rapidez*- decrece en los hombres y pueblos orgullosos y autocráticos, puesto que tienen menos miedo; por el contrario, todas las clases del entender y del disimular son propias en los pueblos medrosos: aquí se halla también el auténtico

hogar de las artes de la imitación y de la inteligencia superior”. Con acierto se ha escrito que en este párrafo 142 de *Aurora*, el filósofo alemán desarrolla la idea de que “el afán de comprender al otro, es decir, de *reproducir en nosotros su sentimiento*, tiene su origen en el miedo, en el miedo a todo lo que es extranjero a nosotros mismos. En su intuición verdaderamente sutil, Nietzsche parece decirnos que la comprensión es un intento por hacer del otro que nos es extraño algo familiar, y de este modo protegernos del miedo”.¹ Ciertamente, los griegos temían sobremanera a este pueblo extraño e inmensamente poderoso, regido por costumbres insólitas y sujeto a un monarca enaltecido por ceremonias divinas y por un brillante aparato áulico, y a lo largo de este estudio iremos viendo con qué clase de artificios aquel conjunto de *poleis* medrosas que denominamos los griegos crearon una barrera de imágenes estereotípicas para “entender y disimular” la temida realidad de Persia: a fin de comprender al otro, Grecia interpretó a su propia conveniencia la reproducción de los sentimientos persas, convirtiéndolos en sentimientos de inferioridad ante la razón superior que blandía el santuario de Delfos.

Más para acotar los distintos ámbitos por donde transcurre el gran teatro de Persia, Manel García no procede a analizar las distintas partes de la sociedad y de la cultura aqueménidas tal como fueron imaginadas por las descripciones de los griegos, sino que centra su objetivo en la esplendente figura del Gran Rey, molde y expresión de los principales componentes de la alteridad persa. Y es que, efectivamente, la representación de la desconcertante personalidad de los monarcas aqueménidas halló en la Hélade tan amplia trascendencia que, cuando examinamos las virtudes y defectos que fueron adscritos a la realeza meda, podemos fácilmente aquilatar el conjunto de formas y elementos que integraron la alteridad del pueblo persa dentro del imaginario griego. El *Megas Basileus* llegó no sólo a encarnar el más completo prototipo del bárbaro como reverso o negativo de la identidad griega, sino que sobre la vida y hechos de cada soberano aqueménida, tal como fueron exagerados en los corros de las ágoras de Grecia, se obtuvo partido para componer un completo “imaginario” de las singularidades de la organización social persa, de su sistema educativo (en particular de la nobleza), de sus creencias religiosas, de su ejército y acciones de guerra, así como de las escenas de la vida familiar, sin olvidar cuantas curiosidades, ostentos y *mirabilia* se atribuían a tan extenso país y a sus peregrinos habitantes. Si a ello añadimos que las informaciones suministradas por los autores clásicos y las representaciones artísticas, que testimonian los rasgos otorgados por el genio griego a la alteridad persa, han sido atentamente contrastadas con las fuentes escritas de procedencia oriental relativas al Imperio Aqueménida (crónicas asirias y babilonias, antiguas inscripciones iraníes, papiros arameos, tablillas de Persépolis, la Biblia, el Avesta), entonces comprobamos cómo ante nuestra mirada se despliega la austera galería real de medos y persas, desde Ciro el Grande a Darío III Codomano, con sus grandezas, intrigas y miserias, y que esa galería forma un expresivo mosaico de la sociedad aqueménida vigorosamente ejecutado mediante las imágenes, símbolos, prejuicios y conceptos de la civilización helénica.

A partir de las Guerras Médicas, Atenas y el resto de *poleis* participantes en la contienda utilizaron la punzante polaridad helenos/persas para fortalecer su propia identidad, modelando una conciencia de superioridad frente a quienes no eran griegos. El discurso en torno a la alteridad persa –basado en la inversión, la diferencia y la analogía– convino admirablemente para definir tanto el concepto de bárbaro como las restantes categorías de segregación típicas de aquella época (lo oriental, lo asiático, lo líbico). Los pueblos bárbaros, a cuya cabeza situarían Persia, quedarán ya “re-tratados” por su violencia y crueldad, por sus costumbres anormales y extraviadas, por su organización social desestructurada, por la blandura, la lujuria y los excesos. De hecho, el papel asignado a la alteridad persa nunca eliminaría la huella de otras alteridades deformadas y fingidas, que dieron cuerpo

¹ D. CASTRILLO-F. J. MARTÍNEZ, prólogo a F. NIETZSCHE, *Aurora*, Madrid 1996, 35.

a numerosos relatos griegos sobre egipcios, pigmeos, etíopes, arimaspos, sacas, indios, seres, hiperbóreos, macrobios, blemias, esciápodos. Sin embargo, hubo también algunas consecuencias de carácter práctico. Por una parte, se emitieron postulados ideológicos mediante los cuales la intelectualidad griega acuñó útiles consignas del tipo libertad en la Hélade/servidumbre bárbara, democracia griega/gobierno de déspotas y tiranos, moral acomodada a un orden olímpico/religiones e instituciones abominables. Por otra, la alteridad permitió incrementar la autoestima de Grecia cuando, a finales del siglo V y durante la primera mitad del IV, Persia adquirió notable protagonismo en el escenario político del Egeo: proclamar la superioridad griega y, paralelamente, celebrar las flaquezas del oriente y del Gran Rey fue una habilidosa cortina para disimular la irremediable decadencia de Atenas, Esparta y Tebas, sorprendidas más tarde por el poderío emergente de Macedonia.

He aquí, en definitiva, una obra rica y novedosa que colmará los intereses del especialista en la historia de la cultura, de la literatura y de la filosofía griegas, pero que deberá ser también leída con provecho por quienes aspiren a penetrar las cristalizaciones y la retórica de la alteridad en cualquier período histórico. Para elaborar una monografía de esta naturaleza pocas personas habrá tan preparadas como nuestro autor, que reúne entre sus títulos la condición de filósofo, historiador de la Antigüedad y buen conocedor de la filología clásica e indoeuropea. El resultado se halla ahora en las manos del lector. Deseo además felicitar a los responsables de *Instrumenta* por haber acogido en la serie de sus publicaciones una contribución que tanto nos ayuda a entender cuestiones de suma importancia en la Historia de Grecia y de Persia. Habida cuenta de las originales vías de conocimiento abiertas por este libro, y de su precisa metodología, quienes en lo sucesivo pretendan investigar otras formas de contacto y de configuración de la alteridad en el Mediterráneo antiguo, analizando la visión de los griegos o de los romanos respecto a sus vecinos y enemigos históricos (macedonios, tracios, escitas, púnicos, partos, galos, etc.), deberán asentar esta monografía sobre Grecia y el Gran Rey persa como imprescindible modelo de referencia.

Francisco Javier Fernández Nieto
Catedrático de Historia Antigua

AGRADECIMIENTOS

La redacción de una monografía es un viaje de larga duración –quizás de demasiada duración– en el que uno, por supuesto, ni ha viajado solo ni ha descubierto en solitario todo lo que en ella se desvela. Por tanto, como es natural, es imperativo mostrar mi agradecimiento a todas las personas que me han acompañado en esta aventura del conocimiento y que han hecho posible con su saber, con su apoyo y con su afecto que el proceso haya finalizado felizmente, entendiendo por ello que hayamos sido capaces de poner el punto y final, aunque sin saber certeramente a estas alturas ni si se ha fondeado en buen puerto ni si el momento elegido para concluir fue el oportuno, el *kairós*. Hemos evitado, pues, la procrastinación, pero a decir verdad la certeza sobre la conveniencia de cerrar un trabajo de este tipo no se alcanza nunca y uno no puede más que *abandonar* una investigación que podría precipitar a nuestra curiosidad intelectual a propenderse asintóticamente hacia un ficticio entendimiento total, absoluto, de lo que aquí hemos pretendido analizar. Uno, a medida que va sabiendo, se va planteando nuevos interrogantes, pero si se desea finalizar el viaje no se puede volver continuamente sobre el trayecto recorrido, sobre lo ya escrito. No obstante, el juzgar sobre el acierto o no de este trabajo no me corresponde a mí; a lo sumo debo manifestar tan sólo, y no es poco, que me siento satisfecho de lo aprendido de esta historia casi interminable que me ha ocupado unos cuantos años en entender cómo los griegos se representaron la alteridad persa a través de la figura de su Gran Rey, objeto de estudio de una tesis doctoral titulada Ο ΜΕΓΑΣ ΒΑΣΙΛΕΥΣ. *Formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego*, defendida en mayo de 2006 en la Universitat de Barcelona.

En primer lugar, debo expresar mi gratitud a los directores de este trabajo, los profesores Francisco Javier Fernández Nieto (Universitat de València) y José Remesal Rodríguez (Universitat de Barcelona), por su magisterio desinteresado, por su apoyo intelectual y moral a lo largo de todos estos años y por poner su saber a mi disposición constantemente. Estar a su lado me ha proporcionado el doble privilegio de aprender de sus consejos y, a la vez, de su particular y experimentada manera de hacer historia.

En segundo lugar querría agradecer a la profesora Carmen Alfaro Giner (Universitat de València) el haberme animado ininterrumpidamente a no desfallecer y a presentar algunas de las ideas aquí defendidas en el *Tercer Seminario de Estudios sobre La Mujer en la Antigüedad (Valencia, 28-30 de Abril, 1999)*. Por brindarme esa misma oportunidad estoy en deuda con el profesor Víctor Alonso Troncoso (Universidad de La Coruña), por su invitación a que participase en el *Simposio Internacional sobre La figura del príncipe heredero en época helenística (A Coruña-Ferrol 11 y 12 de Septiembre del 2003)*.

A las personas del Departament de Prehistòria, Arqueologia i Història Antiga de la Universitat de Barcelona les doy las gracias por su magisterio durante mis años de estudiante, en especial al profesor Fernando Martín González, del que aprendí la necesidad de convertir en hábito el rigor en la tarea investigadora y que fue miembro del tribunal que evaluó esta tesis junto a los profesores Joaquín Sanmartín Ascaso, Rosa-Araceli Santiago, Víctor Alonso Troncoso y Gonzalo Cruz Andreotti, cuyas sugerencias he intentado recoger en la publicación de esta tesis.

Querría mostrar también mi gratitud a las personas del Seminar für Alte Geschichte de la Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität de Bonn, en donde el profesor Michael Rathmann y Julia Hoffmann me descubrieron con una hospitalidad inusitada auténticas joyas historiográficas de los admirables fondos de su universidad. Quiero agradecer a Estíbaliz Tébar el haberme proporcionado muchas fotocopias de la Maison de l'Orient et de la Méditerranée-Jean Pouilloux de Lyon, a Marta García Morcillo las fotocopias que me facilitó desde Heidelberg, a Jordi Vidal las de Cambridge y a Pau Claramonte las que me envió pacientemente desde Salamanca, siempre con la colaboración del amigo Àngel Claramonte.

Finalmente, debo agradecer a los profesores Pierre Briant (Chaire d'Histoire et Civilisation du Monde Achéménide et de l'Empire d'Alexandre du Collège de France), Josef Wiesehöfer (Christian-Albrechts-Universität de Kiel) y Dominique Lenfant (Université Marc-Bloch de Estrasburgo) el haberme proporcionado algunos de sus trabajos y siempre con una generosidad digna de agradecer. Asimismo, estoy especialmente en deuda con el profesor Pierre Briant por haberme reorientado en un momento crítico y ello durante un seminario celebrado en Lyon sobre "Images et Discours de la Royauté dans le Monde Achéménide" (10 y 11 de Abril de 2003).

Pasando al ámbito más personal, debo agradecer el apoyo y la amistad de Sebastià Giralt, sus orientaciones filológicas y su paciente saber escuchar.

Finalmente, sería imperdonable olvidar a mi familia, a Marta, que ha aguantado estoicamente desde el principio, a Helena, que no ha dejado de sonreír cuando me veía tras el ordenador y la privaba –y me privaba– de un afectuoso momento de juego, y, cómo no, a Marc, al que he explicado tantas veces la historia de Ciro el Grande, que tantas veces ha mostrado su asombro porque los persas compartieran su misma pasión por los pistachos y por ser condescendiente con los persas, y conmigo, a pesar de que yo sé que su corazón está con Alejandro. Sin su apoyo incondicional, su afecto y su sacrificio de tantas y tantas horas de ocio este trabajo no habría sido posible.

Todos los que me han ayudado han contribuido, conscientemente o no, a los aciertos que puedan haber en este trabajo. Los errores, por supuesto, son únicamente responsabilidad mía.

Manel García Sánchez,
Terrassa, mayo de 2009

*¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros?
Esta gente, al fin y al cabo, era una solución.*

C. P. KAVAFIS
Esperando a los bárbaros, 1904

*¿Qué es la verdad ? Un ejército móvil de metáforas,
metonimias, antropomorfismos, en una palabra, una suma
de relaciones humanas que han sido realizadas,
extrapoladas, adornadas poéticamente y retóricamente y
que, después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen
fijas, canónicas, obligatorias : las verdades son ilusiones de
las que se han olvidado que lo son*

F. NIETZSCHE
Sobre verdad y mentira en sentido extramoral I, 7

*Mais comme il est fréquent, l'idéologie a eu la vie plus
dure dans l'imaginaire que dans la réalité*

G. DUMÉZIL
Entretiens avec Didier Eribon, 1987

2. LOS BÁRBAROS Y EL *BÁRBARO*, LOS PERSAS Y EL *PERSA*: LA RETÓRICA DE LA ALTERIDAD¹

Los pueblos vecinos tienden a observarse siempre dominados por una mezcla de curiosidad y de recelo, de inquietud y de cautela, de expectación y de escrúpulo. En el caso griego, la mirada sobre los pueblos vecinos, los despectivamente llamados bárbaros (βάρβαροι), la alteridad, mezcló todas y cada una de aquellas inercias de la inteligencia y también, cómo no, todas las resistencias y prejuicios impregnados sin excepción de una conciencia de superioridad que abocó a los autores griegos a sentirse cargados de razón para representarse a sus vecinos como un mundo al revés en el que sus propios delitos y faltas, sus temores y sus vicios se convertían en las virtudes -falsas virtudes- que definían la vida de unos pueblos bárbaros dominados por la violencia, la crueldad desatada, las costumbres más estafalarias y aberrantes y el vivir, en general, bajo la férula de unas mujeres que propalaban su mala influencia con la mismísima virulencia con la que se propaga un cáncer.

La identidad se construye siempre dialécticamente frente a la alteridad. Sin embargo, dicho proceso constructivo y formativo pocas veces es reconocido como tal, especialmente cuando hablamos de identidades nacionales o, en el caso griego, en particular, de *etnoidentidades*². Culturalmente, un pueblo forja su identidad diferenciándose respecto a los otros, por oposición, negando o minimizando cualquier posible préstamo o débito, y los griegos no fueron en ello una excepción. Es cierto que en el

¹ Un resumen de este capítulo ha sido publicado como M. GARCÍA SÁNCHEZ, Los bárbaros y el Bárbaro: identidad griega y alteridad persa, *Faventia* 29/1, 2007, 33-49.

² J. M. HALL, *Ethnic identity in Greek antiquity*, Cambridge 1997, 17-66. Recomendamos para la construcción de la identidad griega los trabajos reunidos en: S. SAÏD (ed.), ΕΛΛΗΝΙΣΜΟΣ. *Quelques jalons pour une histoire de l'identité grecque. Actes du Colloque de Strasbourg 25-27 octobre 1989*, Leiden 1991 e I. MALKIN (ed.), *Ancient Perceptions of Greek Ethnicity*, Cambridge 2001, en especial la introducción de la propia editora en donde se desarrollan los motivos que se utilizaron en dicha construcción identitaria: genealogías, polaridad centro-periferia, religión, ...

relato mitológico aparece alguna que otra importación de oriente, de Egipto en especial, pero pronto se sintió la necesidad o de helenizarlo o de marginarlo en esa acepción instructiva del mito como fábula, como historia mitopoética ilustradora de lo que se pretendía explicar; tampoco había convicción plena en el adaptador, que no creía en la trama que estaba narrando – pensemos, por ejemplo, en la historia de Thamus y Theuth, en el *Fedro* platónico, sobre la invención de la escritura en el país del Nilo³. Pero los griegos, por el contrario, quizás en mayor medida que otros pueblos – resulta difícil no pensar en la polaridad con los persas⁴-, enhebraron un discurso sobre la alteridad al que bautizaron como barbarie, un discurso etnocentrista que sigue lastrando el proceso de construcción de nuestro imaginario occidental⁵. Y es que los griegos, como nosotros, estaban necesitados de sus bárbaros. Sin ellos se sentían, como nosotros también, huérfanos de identidad.

La construcción de la alteridad va pareja a la construcción de la etnoidentidad, concepto mucho más espinoso, ayer y hoy, y especialmente cuando nos enfrentamos al estudio del mundo antiguo, ya que sigue viva la polémica sobre si realmente los griegos tuvieron o no la conciencia de pertenecer a un mismo pueblo, o si primaron siempre, por encima de todas las cosas, los particularismos de las *póleis*, el definirse como jonio o como dorio⁶. Un hecho sin duda notable es que nunca se fraguase una unificación político-nacional de la Hélade. La autonomía de la *pólis* fue siempre un bien demasiado preciado y sólo fue sacrificada, parcialmente, en un momento crítico para casi la totalidad de las ciudades-estado: durante las Guerras Médicas⁷. Sin duda, en el 481 a. C., o quizás con la Liga de Corinto en el 338 a. C. y bajo los auspicios imperativos de Filipo de Macedonia, fue cuando se estuvo más cerca de esa unidad. Sin embargo, los recelos que caracterizaron a los particularismos abortaron la posibilidad de la misma y Hélade no pudo más que significar para las ciudades griegas, las de la Grecia continental, las de las islas, las del Mar Negro, de Sicilia e Italia, las de Asia Menor, del norte de África o de la Península Ibérica el participar de una unidad cultural, territorial si se quiere en el

³ No menos cierto es que los egipcios fueron unos bárbaros especiales, si se prefiere unos bárbaros de primera clase, y el respeto que suscitaron no fue tanto por considerarlos iguales a los griegos, sino por el simple hecho de que su antigüedad actuaba como una ficción que servía a los intelectuales griegos para pensar su propia cultura, para reflexionar sobre un mundo cambiante que buscaba en un lejano pasado la estabilidad deseada. No es casualidad que desde el siglo IV a. C. se mutase la percepción sobre Egipto –paralelo a la reflexión en torno a la monarquía– o que apareciesen en escena figuras de sabios de un pasado remoto y de otras latitudes, como Zoroastro –sobre el que, por supuesto, volveremos–, o buenos y justos salvajes como el escita Anacarsis. Con las guerras del Peloponeso se quebró alguna que otra seguridad –el ideal de la *pólis*, por ejemplo– y eso provocó nuevas maneras de pensar. Los egipcios fueron, sí, unos bárbaros especiales, pero al igual que los buenos salvajes de la Europa moderna no significaron un modelo a imitar, un anhelo de mimesis o un paradigma de sociedad superior a la griega. Fueron tan sólo una ficción creada para pensar el presente y siempre a la manera griega, la civilización por antonomasia. Egipto fue, pues, un espejismo privilegiado del pensamiento griego (vid. C. FROIDEFROND, *Le mirage égyptien dans la littérature grecque d'Homère à Aristote*, París 1971; F. HARTOG, *Les Grecs égyptologues*, *Annales* 41, 1986, 953-67; reimpr. en: TH. HARRISON (ed.), *Greeks and Barbarians*, Edimburgo 2002, 211-228; L. M. GARCÍA FLEITAS - G. SANTANA HENRÍQUEZ, *La imagen de Egipto en los fragmentos de los historiadores griegos. Una primera aproximación*, Las Palmas de Gran Canaria 2002).

⁴ El acierto persa fue, como Heródoto (Hdt. I, 135) supo ver atinadamente, el asimilar algunas de las costumbres de los pueblos conquistados, el respetar los cultos autóctonos e integrar y sentir como propias aquellas estructuras políticas y económicas de eficacia probada. No obstante, los persas tampoco fueron en la construcción de la alteridad una excepción y en las inscripciones aqueménidas vemos cómo se representa el espacio imperial desde la centralidad ocupada por Persia hacia los extremos del mundo, ocupando los jonios un lugar insignificante de la periferia (M. COOL ROOT, *The King and Kingship in Achaemenid Art. Essays on the Creation of an Iconography of Empire*, Leiden 1979, 63-65; P. CALMEYER, *Zur Genese altiranischer Motive VIII. Die >>Statistische Landcharte des Perserreiches*, *AMI* 15, 1982, 106-187 y *AMI* 16, 1983, 141-221; P. BRIANT, *Histoire de l'empire perse. De Cyrus à Alexandre*, París 1996, 184-196; A. KUERT, 'Greeks' and 'Greece' in *Mesopotamian and Persian Perspectives*, Oxford 2002, 19-22).

⁵ E. W. SAID ha escrito, en una lectura obligatoria para la reflexión sobre la alteridad, que ser europeo significa formar parte de un sector de la tierra con una historia definida respecto a oriente casi desde la época de Homero (*Orientalismo*, 89-92).

⁶ S. MAZZARINO, *Fra Oriente e Occidente. Ricerche di storia greca arcaica*, 227-229; E. WILL, *Doriens et Ioniens. Essai sur la valeur du critère ethnique appliqué à l'étude de l'histoire et de la civilisation grecque*, París 1956.

⁷ G. PUGLIESE CARRATELLI, *Le Guerre Mediche ed il sorgere della Solidarietà Ellenica*, en: *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il Mondo Greco-Romano*, 147-156.

sentido ecuménico, que no estatal, sin que nunca fuera posible el que viese la luz una entidad política, aceptada libre y voluntariamente, sentida como suya por todos los griegos. Éstos no hicieron nunca suya la aseveración cosmopolita –que no imperialista- de J. G. Droysen en una carta a F. G. Welcker: *mi entusiasmo es por César, no por Catón, por Alejandro, no por Demóstenes*⁸. Lo cierto es que ellos, puestos frente al dilema de la polaridad sociológica *Kulturnation oder Staatsnation*, se decantarían, sin duda, burckhardtianamente, por la primera. Ni siquiera la amenaza aqueménida, el terror o la angustia provocadas por la vecindad de un poderoso gigante -y no precisamente con pies de barro, como los autores del siglo IV a. C. no se cansaron de pregonar⁹-, venció las objeciones y prejuicios a la unificación política¹⁰. De ello se lamentaba el espartano Agesilao, φιλέλλην y μισοπέρσης (X., *Ages.* 7, 4-7) a partes iguales, al afirmar: *¡Ay de Grecia, que ha matado por sí misma a tantos cuantos serían suficientes para vencer a todos los bárbaros!* (PLU., *Ages.* XVI; PLU., *Reg. et. imp. apophth.* = *Moralia* 191B; PLU., *Apophth. Lakon.* = *Moralia* 211E; cf. E., *IA* 370-373). Pasados los momentos en los que se impuso forzosamente la coalición frente al bárbaro -Maratón, Salamina o Platea- o en que un reino del norte, precariamente helenizado, recogió el relevo e impuso por la fuerza el cumplir venganza de la ofensa persa, para el síntoma se prescribió otra terapéutica: la creación de una retórica de la alteridad que, en el ágora o en el teatro, a través de la oralidad o de la escritura, también de la imagen, provocase el efecto catártico necesario para apaciguar los ánimos de la helenidad y mantener un orgullo y dignidad que la historia política, tras las Guerras Médicas y hasta la llegada de Alejandro, no hacía otra cosa que desmentir¹¹. Los persas fueron vencidos en Maratón o en Salamina, pero dirigieron entre bastidores una política griega que se acercaba o se alejaba al Gran Rey en función de los aires que soplasen, y a las puertas de sus palacios -o de los de sus sátrapas- atenienses y espartanos no se cansaron de golpear, especialmente en aquella época de angustia que fue la de la Guerra del Peloponeso (AR., *Ach.* 645-650), pero también después, cuando unos y otros intentaron resurgir de sus cenizas¹².

Ridiculizar, degradar, empequeñecer o ningunear a la alteridad en el imaginario era un necesario y efectivo fármaco contra la presencia real de pueblos o civilizaciones más o menos

⁸ J. G. DROYSSEN, *Briefwechsel I*, Berlín-Leipzig 1929, 66 ss. (*apud* F. W. WALBANK, *The Problem of Greek Nationality*, *Phoenix* 5, 1951, 41-60; reimpr. en: TH. HARRISON (ed.), *op. cit.*, 235).

⁹ CH. G. STARR, *Greeks and Persians in the fourth Century B. C. A Study in cultural Contacts before Alexander*. Part I & II, *IA* 11, 1975, 39-99 e *IA* 12, 1977, 49-115, espec. 48-61 de la parte primera.

¹⁰ Habría que moderar un poco ese supuesto sentimiento de identidad nacional y pensar más en la identidad cultural, incluso en aquellos años aciagos para Alemania en los que A. HEUBECK escribió su *Das Nationalbewußtsein des Herodot*, Neustadt 1936. Véase al respecto la lúcida reflexión de 1954 de H. BENGTON, *Hellenen und Barbaren*. Gedanken zum Problem des griechischen Nationalbewußtseins, en: *Kleine Schriften zur Alten Geschichte*, Múnich 1974, 158-173. Reveladoramente, en la época del nacionalsocialismo tanto los discursos helenocéntricos de la filología clásica como los iranistas que veían en los Aqueménidas a arios, a auténticos *nordische Führer*, especialmente a Ciro y Darío I, sirvieron para justificar el imperialismo (J. WIESEHÖFER, *Das Bild der Achaimeniden in der Zeit des Nationalsozialismus*, en: A. KUERT - H. SANCISI-WEERDENBURG (eds.), *Achaemenid History III. Method and Theory. Proceedings of the London 1985 Achaemenid History Workshop*, Leiden 1988, 1-14; e *IDEM*, *Zur Geschichte der Begriffe 'Arier' und 'Arisch' in der deutschen Sprachwissenschaft und Althistorie des 19. und der ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts*, en: H. SANCISI-WEERDENBURG - J. W. DRIJVERS (eds.), *Achaemenid History V. The Roots of the European Tradition. Proceedings of the 1987 Groningen Achaemenid History Workshop*, Leiden 1990, 149-165). Un ejemplo puede ser el escrito de habilitación de P. J. JUNGE, *Dareios I. König der Perser*, Leipzig 1944, caído en la batalla de Stalingrado.

¹¹ H. HABERKORN, *Beiträge zur Beurteilung der Perser in der griechischen Literatur*, Greiswald 1940; B. HUTZFELDT, *Das Bild der Perser in der griechischen Dichtung des 5. vorchristlichen Jahrhunderts*, Wiesbaden 1999, especialmente para los trágicos, la comedia y el *nomos* de Timoteo de Mileto. Sobre los bárbaros en la tragedia *vid.* H. H. BACON, *op. cit.* y E. HALL, *Inventing the Barbarian*. Para la comedia, T. LONG, *Barbarians in Greek Comedy*, Carbondale 1986.

¹² Sobre la presencia de griegos en el imperio aqueménida puede verse sobre todo J. HOFSTETTER, *Zu den griechischen Gesandtschaften nach Persien*, en: G. WALSER (ed.), *Beiträge zur Achämenidengeschichte*, Wiesbaden 1972, 94-107; *IDEM*, *Die Griechen in Persien. Prosopographie der Griechen im Persischen Reich vor Alexander*; y también G. WALSER, *Hellas und Iran. Studien zu den griechisch-persischen Beziehungen vor Alexander*, 20-26. Los embajadores, además, si creemos a Claudio Eliano, recibían un suntuoso regalo del Gran Rey, una práctica que el autor de la segunda sofística nos revela que se llamaba *dorofórica* (AEL., *VH I*, 22).

desarrollados, más o menos poderosos, más o menos amenazantes. Una vez más, el recurso a la polaridad se convertía en el utillaje mental que facilitaba la conceptualización de una diferencia, interesada pero necesaria, injusta desde un punto de vista moral, xenófoba y para algunos racista¹³, pero comprensible –que no justificable– para la construcción de una identidad. Tampoco los persas habrían escapado a esa toma de conciencia identitaria, a ese mal tan universal (Hdt. I, 134, 2)¹⁴, aunque ello contrasta, por cierto, con otra afirmación suya predicando que *los persas son los hombres que más aceptan las costumbres extranjeras* -ξεινικά δὲ νόμια- (Hdt. I, 135). Uno u otro caso darían la razón al relativismo cultural dominante en la época de la sofística y que poco tiempo atrás Píndaro había sintetizado poéticamente: νόμος ὁ πάντων βασιλεύς / θνατῶν τε καὶ ἀθανάτων (Pi., F 152 BOWRA; PO XXVI, 2450). La costumbre, pues, tenía -y tiene- un inmenso poder, es un poderoso soberano, tanto, que impone una adaptación forzada a una tradición que sitúa en su centro el *omphalós* del mundo y que aleja con la distancia la barbarie de la civilización.

En relación a las formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego, cabe añadir que junto al concepto de barbarie apareció otro rasgo diferenciador: lo oriental o asiático, ya que en la tradición griega oriente fue Asia¹⁵. Oriente fue una creación griega, sentida como nuestra, y que afloró rápida y vigorosamente en la mentalidad helena hacia finales del siglo VIII a. C. A ello contribuyeron las colonizaciones del Levante, del Mar Negro, el servicio de los mercenarios griegos en Egipto y en el ejército aqueménida, o de los artesanos griegos en los reinos del cercano oriente¹⁶. Y si bien tienen razón aquellos¹⁷ que ven en *Los Persas* de Esquilo la primera e inconfundible creación de lo que simboliza oriente, a saber, lujuria, molición, emotividad desenfrenada, crueldad desatada y, en definitiva, peligro siempre acuciante (aunque sin perder de vista tampoco que la finalidad del

¹³ Sobre el racismo, en especial el sentido por los griegos hacia los pueblos de oriente y acentuado desde el siglo IV a. C., B. ISAAC, *The invention of Racism in Classical Antiquity*, Princeton 2004, 257-303.

¹⁴ C. HERRENSCHMIDT, Désignation de l'empire et concepts politiques de Darius I^{er} d'après ses inscriptions en vieux-perse, *StIr* 5, 1976, 56 ss.; P. BRIANT, Hérodote et la société perse, 66; H. SANCISI-WEERDENBURG, Yaunā by the Sea and across the Sea, en: I. MALKIN (ed.), *op. cit.*, 323-346, en donde se señala que el etnónimo a. p. *Yaunā* no tiene en las fuentes aqueménidas connotaciones negativas como en las fuentes griegas 'persa' o 'medo'.

¹⁵ E. HALL, Asia unmanned: images of victory in classical Athens, en: J. RICH - G. SHIPLEY (ed.), *War and Society in the Greek World*, Londres 1993, 107-133; P. GEORGES, *Barbarian Asia and the Greek experience. From the Archaic Period to the Age of Xenophon*, Baltimore-Londres 1994; TH. HARRISON, *The Emptiness of Asia*; A. TOURRAIX, *L'Orient, mirage grec*. Para ese estereotipo de larga duración, además del ya citado libro de E. SAID, véase TH. HENTSCH, *L'orient imaginaire*.

¹⁶ Aunque corrigiendo, y mucho, la hasta hace poco tendencia dominante entre los historiadores del arte clásico de vincular, por ejemplo, todo lo más sobresaliente del arte aqueménida a los artesanos griegos. Recientemente tal modelo explicativo ha sido superado y quizás sea más exacto hablar de una interacción receptiva entre griegos y persas (*vid.* M. C. MILLER, *Athens and Persia in the fifth century BC. A study in cultural receptivity*, Cambridge 1997; o E. D. FRANCIS, *Image and Idea in Fifth-Century Greece. Art and Literatur after the Persian Wars*, Londres 1990). Sobre el tema de la recepción y la interacción entre griegos y persas iremos tratando a lo largo de nuestro trabajo. Aunque sólo sea testimonial, queremos recordar que desde hace ya algunos años se enfatizan las influencias del cercano oriente sobre el mundo griego (*vid.* de W. BURKERT, *The Orientalizing Revolution. Near Eastern Influence on Greek Culture in the Early Archaic Age*, Cambridge, MA, y Londres 1995; e *IDEM*, *De Homero a los Magos. La tradición oriental en la cultura griega*, Barcelona 2002; M. L. WEST, *The East Face of Helicon: West Asiatic Elements in Greek Poetry and Myth*, Oxford 1997; o G. KOPCEY I. TOKUMARU (eds.), *Greece between East and West: 10th-8th Centuries BC*, Mainz am Rhein 1992). Véase también, por ejemplo, el clásico trabajo de C. NYLANDER (*Ionians in Pasargadae. Studies in old Persian Architecture*, Uppsala 1970), en donde, a pesar de insistir en las influencias griegas, se defiende que de la síntesis surgió un arte original que podemos calificar de iranio o aqueménida; o el mucho más ponderado J. BOARDMAN, *Persia and the West. An Archaeological Investigation of the Genesis of Achaemenid Art*, Londres 2000.

¹⁷ H. HABERKORN, *op. cit.*, 9- 15; B. HUTZFELDT, *op. cit.*, para el papel de la tragedia y la comedia, en general; E. HALL, *Inventing the Barbarian*, 61 s. Otros autores han hallado la construcción de oriente no en Esquilo sino en Ctesias (H. SANCISI-WEERDENBURG, *Decadence in the Empire or Decadence in the sources? From source to synthesis: Ctesias*, 33-45). Sobre la pervivencia de esa construcción en el imaginario occidental *vid.*, por supuesto, E. W. SAID, *op. cit.*, *passim*. Mucho menos sugerente, pero también útil, A. GROSCHARD, *op. cit.*

retrato de la ὕβρις persa es fundamentalmente moral)¹⁸, algunos de estos aspectos se dejan entrever ya en la épica, con los carios βαρβαροφώνων vestidos ostentosamente, o en la lírica arcaica, en la que Lidia simbolizaba todo ese mundo fascinante y amenazante a la vez, a saber, el de la τρυφή, de la μαλακία y de la μεγάλη τυραννίς (ARCHIL. 22 D)¹⁹. La construcción y la representación de la alteridad recibió un impulso definitivo con las Guerras Médicas²⁰, momento álgido de la autodefinición identitaria helena por oposición al *Persa* y que está basada en la identidad racial y lingüística, de creencias religiosas, de ritos sacrificiales, de usos y costumbres similares (HDT. VIII, 144); pero no va no más allá de los *éthne* o los *koiná*²¹, y no posee unidad de acción ni intención común, no conoce un proyecto político de unificación. Se acentuó sin duda ante la situación de sometimiento tácito al que fueron impelidas las *póleis* griegas mediante la paz de Calias (449 a. C.) y la paz de Antálcidas o del Rey (386 a. C.), aunque lo cierto es que la imagen de los bárbaros fue una creación del imaginario que tímida, pero paulatinamente, fue cobrando forma durante el arcaísmo griego²². Incluso, un destacado tópico de la representación de la alteridad persa, a saber, el del despotismo oriental frente a la libertad de la incipiente democracia, fue una construcción del imaginario griego que eclosionó y se conformó como reacción a las tiranías, que constituyeron una tentación latente en buena parte de las aristocracias de las *póleis* griegas²³.

Bárbaros y orientales –quizás mejor, asiáticos- ofrecían signos de diferencia no sólo cultural, sino también natural, justificada incluso en Heródoto por un matiz temperamental (HDT. I, 60, 3). Era, pues, la inferioridad un hecho incontrovertible, para nada una contingencia, que Aristóteles (ARIST., *Pol.* 1287 b17), con su justificación ontológica de la incapacidad de los esclavos, se encargó de aquilatar, prestándole un barniz de cientificidad que no fue exclusivo del Estagirita, sino que recorrió buena parte de la ciencia griega. Este pensamiento recorre la geografía y la medicina, hasta encontrar su justificación también en el clima, imponiéndose así un determinismo geográfico que fundamentaba la diferencia y la superioridad de unos pueblos sobre otros. El tratado hipocrático *Sobre los aires, aguas y lugares* (Hp., *Aër* 23) es paradigmático al respecto, y sus ecos alcanzaron hasta la elegía erótica romana, como leemos, por ejemplo, en Tibulo (TIB. III, 7, 151-177)²⁴. Esa

¹⁸ H. DILLER, Die Hellenen-Barbaren-Antithese im Zeitalter der Perserkriege, en: O. REVERDIN (ed.), *op. cit.*, 37-82; G. WALSER, *Hellas und Iran*, 5.

¹⁹ P. GEORGES, *op. cit.*, 13-75.

²⁰ E. LÉVY, Herodote *Philobarbaros* ou la vision du barbare chez Herodote, en: R. LONIS (ed.), *L'Étranger dans le Monde Grec. Actes du Deuxième Colloque sur l'Étranger, Nancy, 19-21 de septembre de 1991*, Nancy 1988, 195.

²¹ J. M. HALL, *op. cit.*, 47; F. PRONTERA, Identidad étnica, confines y fronteras en el mundo griego, en *IDEM, Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia en la Grecia antigua*, Málaga 2003, 105 s. Sobre el problema de los particularismos étnicos griegos, además de los trabajos de J. M. Hall y E. Will, véase D. ASHERI, Identità greche, identità greca, en: S. SETTIS (ed.), *I Greci. Storia. Cultura. Arte. Società*, 2.II, Turín 1997, 14-19.

²² H. SCHWABL, Das Bild der Fremden Welt bei den Frühen Griechen, en: O. REVERDIN (ed.), *op. cit.*, 1-36; E. HALL, *op. cit.*, cap. I; P. GEORGES, *op. cit.*, 13-46; I. WEILER, The Greek and non-Greek world in the archaic period, *GRBS* 9, 1986, 21-9; E. LÉVY, Naissance du concept de barbare, *Ktéma* 9, 1984, 5-14; M. MOGGI, Greci e Barbari: Uomini e no, en: L. DE FINIS (ed.), *Civiltà Classica e Mondo dei Barbari: due Modelli a Confronto*, Trento 1991, 31-46; y R.-A. SANTIAGO, Griegos y bárbaros: arqueología de una alteridad, *Faventia* 20/2, 1998, 33-44. Una visión de conjunto sobre el tema puede verse en A. DIHLE, *Die Griechen und die Fremden*, Múnich 1994.

²³ J. JÜTHNER, *Hellenen und Barbaren*, Leipzig 1923, 18 s. y 21; M. POHLENZ, Ziel und Höhepunkt des Werkes: die Geschichte des hellenischen Freiheitskampfes gegen barbarische Hybris, en: *IDEM, Herodot. Der erste Geschichtschreiber des Abendlandes*, Leipzig y Berlín 1937, 120-163; R. DREWS, The first tyrants in Greece, *Historia* 21, 1972, 129-144; D. KONSTAN, Persians, Greeks and Empire, *Arethusa* 20, 1987, 59-73; R. BICHLER, Das Versagen des Imperiums im Kampf gegen die freie hellenische Welt, en: R. BICHLER, *Herodots Welt*, 303-383.

²⁴ Sobre los condicionantes físicos, psicológicos y morales de la etnología herodotea A. GRASSL, *Herodot als Ethnologe. Ein Beitrag zur Geschichte der Völkerkunde*, Sulzbach 1904, 14-69. Para Heródoto e Hipócrates K. TRÜDINGER, *Studien zur Geschichte der griechisch-römischen Ethnographie*, Basilea 1918, 37-43; W. BACKHAUS, Die Hellenen-Barbaren-Gegensatz un die hipokratische Schrift Περὶ ἀέρων ὑδάτων τόπων, *Historia* 25/2, 1976, 170-185; D. LENFANT, Milieu



Lámina 1.- Arquero iranio u oriental (Plato de figuras rojas de Epicteto, 520-510 a. C.

misma invención parece que no fue ajena a la sabiduría bárbara de Ciro el Grande, o al menos eso nos confirmaría la anécdota retrospectiva sobre la prudencia del Gran Rey que pone el punto y final a las *Historias* de Heródoto y que nos ofrece otra muestra explícita de determinismo geográfico: ἐκ τῶν μαλακῶν χώρων μαλακοὺς ἄνδρας γίνεσθαι (Hdt. IX, 122, 3-4).

Sin duda, el estudioso de la polaridad griegos-bárbaros no puede desatender los tratados geográficos ya que es en ellos en donde se construyó, como una kantiana forma *a priori* de la sensibilidad, una noción del espacio que condicionaba la representación de la alteridad. Geografía y etnografía iban, pues, indisociablemente juntas²⁵, siendo así acertada la acuñación de la denominación *etnogeografía*²⁶.

No podemos desatender tampoco en la construcción de la alteridad la aparición de los discursos sobre el primitivismo cultural y la idea de progreso, que con la sofística adquirieron una importancia remarcable y que entre los cínicos se convertirían poco después, mediante la apología del retorno a la

naturel et différences ethniques dans la pensée grecque classique, *Ktéma* 16, 1991, 111-122. Para una síntesis sobre todo el mundo clásico y bizantino K. E. MÜLLER, *Geschichte der antiken Ethnographie und Ethnologischen Theoriebildung von den Anfängen bis auf die byzantinischen Historiographen*, Wiesbaden 1972.

²⁵ Es sumamente ilustrador el trabajo de Ch. JACOB, *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, París 1991. Muy útiles son también F. PRONTERA, (ed.), *Geografía e geografi nel mondo antico*, Roma-Bari 1990; F. PRONTERA, *Otra forma de mirar el espacio*; F. CORDANO, *La geografia degli antichi*, Roma-Bari 1992; y A. PÉREZ JIMÉNEZ - G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *Los Límites de la Tierra. El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid 1998, especialmente las contribuciones de F. J. GONZÁLEZ PONCE, El corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: épocas arcaica y clásica y Utilidad práctica, ciencia y literatura en la periplografía griega de época helenística, respectivamente, 41-75 y 147-175.

²⁶ Expresión que tomo de P. BRIANT, *Etat et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, París 1982, 3. Los *tópoi* ideales de la etnografía herodotea fueron establecidos por K. TRÜDINGER (*op. cit.*, 21 s. y 24-26) a través de tres ejes directores: tierra, pueblo, religión y *thaumásia*, no quedando el caso persa exento del mismo esquema.

naturaleza, de la polaridad entre canibalismo y vegetarianismo, en un lugar común de su filosofía²⁷. Esa misma tradición impregnó las letras latinas y así podemos leer reprobaciones o alabanzas de aquella edad de oro de la austeridad y de la sencillez en Lucrecio (LUCR. V, 771-1457) o Tibulo (TIB. I, 10). La representación del primitivismo basculó en la etnografía griega entre el rechazo de una etapa ya superada de barbarie, como leemos en Tucídides (TH. I, 5, 3-I, 6, 1), o la nostalgia de aquel pasado que siempre fue mejor, añoranza de la pérdida irremisible de aquella inocencia primigenia que, ya desde Homero, y a través de pueblos como los intachables etíopes (ἀμύμονες) (HOM., II. I, 423)²⁸, los nobles escitas (ἀγαυοὶ ἱππημολγοί) (HOM., II. XIII, 5; HES., F 150 MW) o los abios (δικαιότατοι ἄνθρωποι) (HOM., II. XIII, 6), trazó los límites de esos espacios geográficos de la utopía, de la seducción, de la vida buena, del extrañamiento de un añorado paraíso perdido del que fueron expulsados los humanos el día en que sucumbieron a los refinamientos introducidos por la civilización, por las brisas que soplaron del este, tierra de molicie por antonomasia. Este pasado hizo virtud de la austeridad y de la ἐγκράτεια y su recuerdo alimentó, una y otra vez, la tentación del eterno retorno²⁹.

Es cierto que las Guerras Médicas catalizaron un discurso sobre la alteridad, que acabaría también por ser la coartada perfecta para justificar la creación del imperio ateniense. Desde un punto de vista político la consecuencia más destacable fue la creación de la Liga de Delos en el 478/7 a. C., la sustituta de la Liga Helénica capitaneada por Esparta durante el conflicto greco-persa y que entonces, por fuerza, debía pasar el relevo a la gran vencedora de las Guerras Médicas. Atenas supo enhebrar como nadie una retórica de la defensa de la libertad helena frente al despotismo asiático persa. La liga nacía para luchar contra el *Bárbaro*, contra el *Persa*, pero lo cierto es que pronto se convirtió en el instrumento que facilitó la creación y sustitución de un imperialismo por otro: el ateniense, también dominado por esa desmesura tan propia de los persas³⁰. Pero no sería exacto circunscribir, como consecuencia de la abundancia abrumadora de fuentes, esa retórica de la alteridad tan sólo a Atenas³¹. Sin duda, la polaridad griego/persa hubo de hacerse extensiva a todas las otras *póleis* que participaron en el conflicto y, en concreto, a todas aquellas ciudades que habían visto cómo los persas apoyaban a regímenes tiránicos a principios del siglo V a. C.³², aunque también en aquellas *póleis* (Esparta, Atenas) que en diferentes momentos del siglo V y IV a. C. establecieron acuerdos con Persia³³. Dicha coyuntura imprimió al discurso sobre la alteridad persa un matiz ideológico, a saber, el de las polaridades enconadas libertad/esclavitud³⁴, monarquía despótica/democracia, o el de la armónica síntesis entre tiranía/barbarie³⁵. Pero a diferencia de los discursos sobre otras alteridades, la riqueza de la civilización persa aqueménida obligó a elaborar una retórica más elaborada, más rica en matices, más sutil en contrastes, en claroscuros. Más allá de las simples costumbres, de los

²⁷ J. JÜTHNER, *op. cit.*, 57; A. LOVEJOY - G. BOAS, *Primitivism and related ideas in Antiquity*, Baltimore 1997 (1935¹); L. EDELSTEIN, *The idea of Progress in Classical Antiquity*, Baltimore 1967; E. R. DODDS, *The ancient concept of progress and other essays on greek literature and belief*, Oxford 1973; P. VIDAL-NAQUET, Valores religiosos y míticos de la tierra y el sacrificio en la Odisea, en: *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo antiguo. El cazador negro*, Barcelona 1983, 33-61.

²⁸ H. SCHWABL, *op. cit.*

²⁹ K. TRÜDINGER, *op. cit.*, 136 s.; S. SCHMAL, *Feindbilder bei den frühen Griechen. Untersuchungen zur Entwicklung von Fremdenbildern und Identitäten in der griechischen Literatur von Homer bis Aristophanes*, Frankfurt am Main 1995, 52; B. HUTZFELDT, *op. cit.*, 9.

³⁰ T. C. B. ROOD, Thucydides' Persians Wars, en: C. KRAUS (ed.), *The Limits of Historiography*, Leiden 1999, 141-168.

³¹ Por una interpretación tal se decanta, por ejemplo, E. HALL, *op. cit.*, 16-17.

³² TH. HARRISON, *op. cit.*, 61-65; W. C. WEST, Saviors of Greece, *GRBS* 2, 1970, 271-82; y M. M. AUSTIN, Greek tyrants and the Persians 546-479 BC, *CQ* 40, 1990, 289-306.

³³ M. C. MILLER, *Athens and Persia*, cap. I; D. M. LEWIS, *Sparta and Persia* y S. HORNBLOWER, *Persia, Cambridge Ancient History* 6, 1994², 45-96.

³⁴ G. PUGLIESE CARRATELLI, *op. cit.*, 148 y 151 s.

³⁵ P. GEORGES, *op. cit.*, 37-46.

νόμιμα βαρβάρικα, en el caso persa el discurso sobre la alteridad alcanzó también el ámbito de las mentalidades, de la ideología, de la religión y del derecho. Lo cierto es que en la representación de la alteridad persa en el imaginario griego la sombra del *atenocentrismo*, llámese Esquilo o Heródoto, fue alargada, su literatura pesó como una losa insalvable que condicionó toda la retórica de una tradición, desde la antigüedad hasta nuestros días³⁶. Este mismo discurso sobre la barbarie y la retórica de la alteridad florecieron también en Roma³⁷, reverdecieron en Bizancio y durante la Edad Media, eclosionaron con fuerza tras el descubrimiento de América en el Renacimiento, en los discursos ilustrados sobre el buen salvaje, y que brotaron, una y otra vez, en la fundamentación del colonialismo y del imperialismo occidental³⁸, sintetizadas nítidamente como el sentir normativo de una viejísima tradición en la voz de Condorcet, que atribuía la victoria de la luz de las ciencias y los progresos del espíritu humano *au gain de la bataille de Salamine, sans lequel les ténèbres du despotisme oriental menaçaient d'envelopper la terre entière*³⁹.

No nos explayaremos ahora, sin embargo, con el caso persa. Siguen ya suficientes páginas sobre el Gran Rey en las que iremos intercalando como fondo diferentes περσικοὶ λόγοι. Quizás debamos destacar un cambio que se perfiló durante la primera mitad del siglo IV a. C., bien representado por Jenofonte, que utilizó a Persia en su *Ciropedia* como una Esparta transfigurada, como el modelo de una monarquía ideal, construyendo mediante la figura de Ciro un auténtico espejo de príncipes⁴⁰. No obstante, la obra del ateniense no cambió la dirección del rumbo dominante ni del tono que equiparaba decadencia oriental y persa y lo oponía a la cultura helena, la cota más alta posible de civilización⁴¹. Asimismo, pronto el sentimiento panhelénico de un Gorgias, de un Lisias o de un Isócrates⁴² reclamó la imperativa concordia entre los griegos y el necesario cumplimiento de una campaña de venganza contra el persa. Sin duda, hubo de pesarle a Demóstenes el que ese ideal cobrase fuerza en la semibárbara Macedonia y que fuese precisamente Filipo el que imprimiese el impulso decisivo a la figura del vengador de la afrenta persa prefigurada en toda la tradición literaria anterior, que Alejandro debió también conocer y que demuestra cómo en el mundo clásico el poeta o el historiador anticiparon en el imaginario al héroe real que castigaría la desmesura insolente de los persas.

³⁶ Una muestra contemporánea de esa pervivencia la encontramos en la novela histórica contemporánea, como en *Creación*, de G. VIDAL, (M. GARCÍA SÁNCHEZ, La representación del Gran Rey aqueménida en la novela histórica contemporánea). P. CARTLEDGE con *Termópilas* (Barcelona 2007), B. STRAUSS con *La batalla de Salamina* (Barcelona 2007), y T. HOLLAND con *Fuego Persa* (Barcelona 2007) recrean rigurosamente aquel enfrentamiento multiétnico y multicultural. Pero ni la derrota fue tan traumática para los persas ni la victoria moral de Leónidas o el triunfo de los soldados de Salamina salvaron a la civilización. De esa amnesia difícilmente nos repondremos si, como Cartledge y Holland, se nos confunde trazando una línea de continuidad entre los persas, el islam, Al Qaeda y los atentados de Nueva York, Londres o Madrid, y es temerario augurar que sin Maratón y Salamina, sin Milciades y Temístocles, Europa estaría infestada de minaretes y huérfana de los valores universales y humanistas de Grecia y Roma.

³⁷ Y. A. DAUGE, *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*, Bruselas 1981.

³⁸ R. BROWNING, *Greeks and the Others: From Antiquity to the Renaissance*, en: TH. HARRISON (ed.), 257-277 (= R. BROWNING, *History, Language and Literacy in the Byzantine World*, Northampton 1989, cap. 2); W. NIPPEL, *The Construction of the 'Other'*, *Ibidem*, 278-310 (originariamente en: S. SETTIS (ed.), *I Greci*, vol. I, *Noi e I Greci*, Turín 1996, 165-196); y los trabajos reunidos en J. E. COLEMAN - C. A. WALZ (eds.), *Greeks and Barbarians. Essays on the Interactions between Greeks and Non-Greeks in Antiquity and the Consequences for Eurocentrism*, Bethesda 1997.

³⁹ O. BUCCI, *I rapporti fra la Grecia e l'antica Persia: appunti storico-giuridici per un dibattito sulla pretesa contrapposizione fra Oriente e Occidente*, *Apollinaris* 47/1-2, 1974, 216-219.

⁴⁰ S. W. HIRSCH, *The Friendship of the Barbarians. Xenophon and the Persian Empire*.

⁴¹ P. BRIANT, *Histoire et idéologie. Les Grecs et la «décadence perse»*, 33-47; y F. W. WALBANK, *op. cit.*

⁴² C. MOSSÉ, *Les rapports entre la Grèce et la Perse au IV^eme siècle avant Jesus-Christ*, en: *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il Mondo Greco-Romano*, 81 s.; S. PERLMAN, *Isocrates' Philippus and Panhellenism*, *Historia* 18, 1969, 370-4 y *Panhellenism, the polis and imperialism*, *Historia* 25, 1976, 1-30; G. WALSER, *op. cit.*, 115-122; A. MASARACCHIA, *Greci e barbari nel Panegirico di Isocrate*, en: L. DE FINIS (ed.), *op. cit.*, 73-101; J. DE ROMILLY, *Isocrates and Europe*, *G&R* 39, 1992, 2-13.

Literatura e historia, ficción y realidad, intrincadas en el tiempo y en el espacio al servicio del resarcimiento de la ofensa aqueménida de intentar convertir la Hélade en una mera satrapía. La infamia del miedo y el clamor de la venganza se enhebraron primero en los relatos sobre la alteridad, a veces sutil y tangencialmente, para saltar después a las asambleas o a las ligas que debatían dónde y cómo habría que sublimar el ardor guerrero, la sed de venganza. Una palabra persuasiva sobre la debilidad aqueménida o una imagen plasmada en una bella cerámica alimentaban las ensoñaciones de más de un Alejandro, como antes lo hicieron con las del espartano Agesilao, dispuestos a ser el nuevo Aquiles que haría caer las murallas de la molicie asiática. Incluso los troyanos fueron imaginados entonces a la manera persa (SIMON. F 10-17 WEST; A., *A.* 920; E., *Or.* 1507 y 1370; ISOC. IV, 158; AESCHIN., *Ctes.* 185; PLU., *Cim.* VII, 6; PAUS. I, 15, 2-3)⁴³. El destino estaba fijado desde hacía tiempo, apuntando hacia oriente, y el macedonio fue el consumidor de una vieja y apasionada aspiración. Las ideas habían aplanado el camino mediante la justificación de la superioridad helena frente al servilismo bárbaro. Pero es que Alejandro, además, había sido instruido por Aristóteles sobre cómo un griego debería tratar al bárbaro: comportarse con los griegos ἡγῆμονικῶς y con los bárbaros δεσποτικῶς, como si de animales o plantas se tratasen (ARIST. F 658 ROSE = PLU., *Moralia* 329B)⁴⁴.



Lámina 2.- Andrómeda vestida a la persa. Pélice de figuras rojas.

⁴³ H. SCHOPPA, *op. cit.*; H. H. BACON, *op. cit.*, 36 y 101- 104; A. ERSKINE, *Troy between Greece and Rome. Local Tradition and Imperial Power*, Nueva York 2001, 61-92; E. HALL, *Asia unmanned: images of victory in classical Athens*, 114; P. GEORGES, *op. cit.*, 60-62 cree que habría sido Jerjes el primero en usar de esa propaganda para ganarse la adhesión de los griegos de Asia; sin negarlo, pero recomendando prudencia en la exageración del fenómeno y viendo en él la huella de los griegos del entorno del Aqueménida D. LENFANT, *L'amalgame entre les Perses et les Troyens chez les grecs de l'époque classique: Usages politiques et discours historiques*, en: J. M. CANDAU MORÓN - F. J. GONZÁLEZ PONCE - G. CRUZ ANDREOTTI, *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad. Actas del Simposio Internacional celebrado en Sevilla, Valverde del Camino y Huelva entre el 22 y el 25 de abril de 2003*, Málaga 2004, 77-94.

⁴⁴ Hay quien ha mostrado a un Alejandro que sabía casi de memoria los *Persiká* de Ctesias de Cnido o la *Anábasis* y la *Ciroepoedia* de Jenofonte, como en la trilogía *Aléxandros I, El hijo del sueño, Aléxandros II, Las arenas de Amón y Aléxandros III, El confín del mundo*, de Valerio Massimo Manfredi (1998), experimentado conocedor del mundo clásico y, no en vano, autor de *La strada dei diecimila. Topografia e geografia dell'Oriente di Senofonte*, Milán 1986.

El discurso sobre la alteridad no tuvo únicamente un aire persa, si bien la magnitud del choque greco-persa eclipsó parcialmente a muchas otras alteridades, curiosas y a veces fabulosas, pero nunca una verdadera amenaza para los griegos. En escena también tenían su papel los nómadas escitas, los feroces tracios, los religiosos egipcios y toda una plétora de pueblos reales o imaginarios: de los hiperbóreos a los pigmeos que lucharon contra las grullas⁴⁵, de los indios y los seres a los itálicos o los iberos, de los bárbaros del Eridano a las islas Casitérides, de los etíopes macrobios, que sacrificaban en la mesa del Sol⁴⁶, a los pueblos del Mar Negro, los arimaspos y los grifos, más allá de la nórdica Thule y, de retorno, pasando por las Antípodas, recorriendo siempre con la imaginación un *plus ultra* poblado de toda suerte de bestiarios y de gentes salvajes que compartían a unas mujeres que invadían los espacios de la masculinidad, un lugar común también en los relatos sobre la barbarie⁴⁷. Sin embargo, tampoco debemos olvidar aquí el enorme influjo e impulso de las geografías míticas, de las cartografías de la fantasía como prefiguradoras de lo que después se convirtió en una tradición de periplos o periégesis, que en el pensamiento arcaico se configuró como un espacio *hodológico*⁴⁸, definido, como leemos en Plinio (PLIN., *Nat.* III, 1, 2), a la manera de útiles, escuetos y completos nomenclatores o prontuarios de lugares, pueblos y rutas de viaje -han sido también llamados 'bocetos de viaje'⁴⁹- no ajenas a los *mirabilia* o a la paradoxografía, la etimología y la mitología, que permitían ensamblar cada cuadro etnogeográfico en un mapa mental global del mundo conocido e imaginado⁵⁰, de una οἰκουμένη salpicada aquí y allá de vastos espacios de vacía soledad y desierto (ἐρημία / ἔρημος)⁵¹ y lejanos límites infranqueables de mundos inhabitados (ἔσχατιά). Estas descripciones fueron complementadas, poco a poco, por una logografía que no se desnudó del todo de la parafernalia mítica, como leemos en no pocas de las páginas de Heródoto. A su vez, la geografía, denominación inexistente antes de Eratóstenes de Cirene en el siglo III a. C.⁵², se ocupó de mezclar también ciencia y ficción⁵³, recibiendo un impulso no falto de ímpetu con la irrupción del imperio persa y su expansión por Asia Menor, con sus calzadas reales trazadas desde oriente hasta occidente⁵⁴. A través de esa relación dialéctica entre griegos y persas, el siglo V a. C. vio cómo

⁴⁵ P. JANNI, *Etnografía e mito. La storia dei Pigmei*, Roma 1978.

⁴⁶ F. SNOWDEN, *Blacks in Antiquity. Ethiopians in the Greco-Roman Experience*, Londres y Cambridge, Mass. 1970, espec. caps. 3 y 6.

⁴⁷ F. HARTOG, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París 1991² y *Les Grecs égyptologues*; C. FROIDEFROND, *op. cit.*; F. LISSARRAGUE, *L'autre guerrier. Archers, peltastes, cavaliers dans l'imagerie attique*, París-Roma 1990 (espec. 125-149: Être Scythe à Athènes); M. ROSSELLINI - S. SAÏD, *Usages de femmes et autres nomoi chez les 'sauvages' d'Hérodote: essai de lecture structurale*, *ASNP* 8/3, 1978, 949-1005; W. BURKERT (ed.), *Hérodote et les peuples non-Grecs*, Ginebra 1990; K. KARTTUNEN, *India in Early Greek Literature e India in the Hellenistic World*, Helsinki 1997; J. S. ROMM, *Herodotus and mythic geography: the case of the Hyperboreans*, *TAPhA* 119, 1989, 97-113 y *The Edges of the Earth in Ancient Thought: Geography, Exploration and Fiction*, Princeton 1992; F. M. SNOWDEN, *Greeks and Ethiopians*, en: J. E. COLEMAN-C. A. WALZ (eds.), *op. cit.*, 103-126; M. GARCÍA SÁNCHEZ, *Miradas helenas de la alteridad: la mujer persa*.

⁴⁸ P. JANNI, *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984.

⁴⁹ F. J. FERNÁNDEZ NIETO, Introducción a: SOLINO, *Colección de Hechos Memorables o El Erudito*, Madrid 2001, 104.

⁵⁰ F. J. FERNÁNDEZ NIETO, *ibidem*; CH. JACOB, *La description de la Terre habitée de Denys d'Alexandrie ou la leçon géographique*, París 1990, 12.

⁵¹ H. EDELMANN, *Erēmiē und erēmos bei Herodot*, *Klio* 52, 1970, 79-86 y G. LACHENAUD, *Connaissance du monde et représentation de l'espace dans Hérodote*, *Hellenica* 32, 1980, 42-60.

⁵² CH. VAN PAASSEN, *The Classical Tradition of Geography*, Groningen 1957, 34, n. 3; CL. NICOLET, *L'Inventaire du Monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, París 1988, 60 y J. S. ROMM, *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, 9.

⁵³ Sobre la geografía mítica merecen especial atención, además del ya citado trabajo de J. S. ROMM (*Edges of the Earth in Ancient Thought*), los trabajos de A. BALLABRIGA, *Le soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, París 1986 y *Les fictions d'Homère. L'invention mythologique et cosmographique dans l'Odyssée*, París 1998; C. JOURDAIN ANNEQUIN, *Héraclès aux portes du soir*, París 1989; K. KARTTUNEN, *Distant Lands in Classical Ethnography*, *GB* 18, 1992, 195-204.

⁵⁴ F. PRONTERA, *Las bases empíricas de la cartografía griega y Sobre la delimitación de Asia en la geografía helenística*, en: *IDEM, Otra forma de mirar el espacio*, 30 y 67, respectivamente; P. BRIANT, *De Sardes à Suse*, en: H. SANCISI WEERDENBURG - A. KUHR (eds.), *Achaemenid History VI. Asia Minor and Egypt: Old Cultures in a New Empire. Proceedings of the*

se prefiguraba una imagen de oriente asociada ahora en el imaginario a un imperio, el del *Bárbaro* asiático, el bárbaro por antonomasia⁵⁵, el *Persa*, el *Rey*, y a una forma política, la realeza aqueménida. Poco importaba la experiencia vivida de esos mundos, ni la mirada directa de esos vastos horizontes porque la falta de información se paliaba y completaba a través de una fantasía que construía toda una etnogeografía apriorística, apoyada no pocas veces en el mito, y que inventaba pueblos, paisajes y figuras. Esa tradición se prolongó en el tiempo hasta la época de aquellos navegantes audaces que surcaron el ignoto Atlántico, como si la idea fuera por delante siempre de la realidad a descubrir y acompañase a los audaces navegantes hacia tierras ignotas o hacia naufragios odiseicos⁵⁶. Junto a esa cartografía fantástica de la que venimos hablando se intuye otra cartografía más real y popular, como una imagen necesaria que posibilita la representación de un espacio propio y ajeno y que revela mucho de la mentalidad de aquellos griegos de la antigüedad. Salvando esa cartografía cosmológico-poética de Homero y Hesíodo⁵⁷, quizás debamos saltar hasta aquel presocrático que fue Anaximandro, un milesio, cercano, pues, al mundo oriental y a los relatos de los navegantes y οἰκιστῶν milesios –Eliano (AEL., *VH* III, 17; ANAXIMAND., DK 12 A 3) lo sitúa al frente de la colonia de Apolonia–, que dibujó el primer mapa del mundo⁵⁸. Es probable que Anaximandro hallase inspiración también en Persia⁵⁹, y su imagen de la tierra podría haber sido tomada por otro milesio, Hecateo, nacido en aquella tierra jonia que dio también origen a la etnografía⁶⁰ y cuyo esquematismo provocó las chanzas de Heródoto (HDT. IV, 36, 2; cf. ARIST., *Mete.* 362 b 15; GEM. XVI, 4-5), que en el libro cuarto de sus *Historias* nos ofreció también un *mappa mundi* (HDT. IV, 37-42)⁶¹.

Así, si nos sumergimos en la mentalidad popular, la de aquel hombre sencillo que visitaba el ágora y que se sentaba en las gradas del teatro en busca del efecto catártico de la risa, y nos trasladamos a las páginas de Aristófanes, las de *Las Nubes* (AR., *Nu.* 206), que reflejan muy bien lo que podría ser una concepción popular del espacio –salvando y aceptando la hipérbole inherente a la *vis comica*– en la que no figuraría más que una vaguísima representación mental de las distancias; o al pasaje de los *Acarnienses* en donde se fija la inversión en tiempo de viaje de una embajada de Atenas a Susa en cuatro años (AR., *Ach.* 80)⁶². Lo mismo cabe decir de cartografías como aquella mediante la cual Aristágoras, el tirano de Mileto, intentó convencer infructuosamente a Cleómenes de Esparta de que los jonios necesitaban de su auxilio para ser liberados del amargo yugo persa, mientras iba mostrando al rey espartano el mapa de toda la tierra grabado sobre una lámina de bronce⁶³ y sobre el que señalaba la ruta que habría de conducir, tras tres meses de camino, a los hoplitas laconios hasta Susa; allí encontrarían las cámaras de los tesoros y podrían rivalizar con el mismísimo Zeus en riquezas (HDT. V, 49-50).

1988 Groningen Achaemenid History Workshop, Leiden 1991, 67-82; P. DEBORD, Les routes royales en Asie Mineure Occidentale, en: P. BRIANT (ed.), *Dans les pas des dix-mille*, 89-97.

⁵⁵ J. JÜTHNER, *op. cit.*, 12 s.

⁵⁶ P. JANNI, *op. cit.*, 11 ss. y P. BOITANI, *La sombra de Ulises. Imágenes de un mito en la literatura occidental*, Barcelona 2001.

⁵⁷ HOM., *Il.* XVIII, 607; HES., *Sc.* 315-320. F. GISINGER, Zur Geographie bei Hesiod, *RhM* 78, 1913, 319-28. CRATES DE MALOS (*apud* ARAT. 26) llamaba al escudo de Aquiles κόσμου μίμημα (J. S. ROMM, *op. cit.*, 13 s.). Sobre el Océano y las aguas primordiales todavía no ha sido superado el trabajo de J. RUDHARDT, *La Thème de l'eau primordiale dans la mythologie grècque*, Berna 1971.

⁵⁸ AGATHEN I, 1; ANAXIMAND., DK 12 A 6; MÜLLER, *GGM*, 2, 471-: τὴν οἰκουμένην ἐν πίνακι γράψαι. G. S. KIRK - J. E. RAVEN, *Los filósofos presocráticos*, Madrid 1981³, 150-2; CH. E. KAHN, *Anaximander and the Origins of Greek Cosmology*, Columbia 1960, 231 s., que relaciona ἄπειρον con la descripción de un espacio limitado ο πεῖρατα. Πείρατα fue sustituido con el tiempo por μακρά, un indefinido concepto que refería también lo remoto y lejano, rodeado, como una isla, por el vasto río Océano (J. S. ROMM, *op. cit.*, 12).

⁵⁹ W. BURKERT, Iranisches bei Anaximandros, *RhM* 106, 1963, 97-134.

⁶⁰ K. TRÜDINGER, *op. cit.*, 8-14.

⁶¹ A. DIHLE, Der Fruchtbare Osten, en: V. PÖSCHL - H. PETERSMANN (eds.), *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, 49-53.

⁶² S. MAZZARINO, Le vie di comunicazione fra imperio achemenide e mondo greco, 82.

⁶³ S. MAZZARINO, *Fra Oriente e Occidente. Ricerche di storia greca arcaica*, 68-72.

Los relatos de la alteridad se urdieron, sin duda, con la experiencia real de aquellos griegos que sirvieron en la corte de Persépolis y se nutrieron de la interacción con los colonos instalados en la costa oriental o en las orillas del Mar Negro. El comercio constituyó una vía rápida de difusión de las costumbres de los *Otros*, de unos pueblos que vivían más cerca de la naturaleza que de la cultura y que se convirtieron en materia de relato, ocultando no pocas veces que la interacción cultural deja sus huellas entre ambos agentes⁶⁴. Ello ha llevado recientemente a algunos investigadores a atenuar el supuesto odio o desprecio de los atenienses hacia los persas, y aunque este rechazo aparece de una manera diáfana en la literatura y fue inapelable desde el punto de vista político, salvo en los que *medizaron*⁶⁵, lo cierto es que a menudo hubo una nada despreciable receptividad hacia la moda persa entre cierta aristocracia ateniense o una cierta fascinación por la monarquía aqueménida⁶⁶. Parecería, pues, como si toda la retórica difamatoria de la alteridad persa se centrara en la debilidad por la adopción del gusto por los refinados tejidos orientales (AR., V. 1137-1147; AR., *Ec.* 319; AR., *Nu.* 151; AR., *Ra.* 937), en la moda del uso de parasoles y matamoscas, como quedó plasmado en la cerámica ática, o en la utilización de personal doméstico tan exótico y suntuoso como los eunucos (PL., *Prt.* 314d). Por supuesto que el uso de parasoles o matamoscas no significa que se atenuase el desprecio por lo bárbaro o lo persa, pero no deja de resultar revelador, como ha sido señalado con acierto⁶⁷, que los parasoles fuesen en Persia exclusivos de los hombres y en Atenas, en cambio, un complemento tan sólo de mujeres, hecho que revelaría cómo la imagen del bárbaro persa, de un Gran Rey demasiado femenino y de unos varones persas afeminados, simbolizaba la decadencia y el afeminamiento que sólo era tolerado y justificable entre las mujeres (que en la moral ateniense eran paradigmas al menos en potencia de la *habrosyne*). Así, el desprecio frente al *medismo* o la simpatía por lo persa (AR., *Pax* 107; AR., *Eq.* 474-478; AR., *Th.* 336 y 364-5; AR., *Ec.* 601) fue un sentimiento no poco maniqueo, y la aristocracia ateniense lo mediría con un doble rasero, a saber, siendo críticos e intransigentes de palabra, pero volubles con la acogida prestada a esos bienes de prestigio venidos de oriente. Lo cierto es que el proceso de asimilación fue complejo y que el *medismo* constituyó también un arma arrojadiza para muchos sicofantes del ágora, volviéndose no pocas veces en la asamblea contra sus mismos blandidores⁶⁸. Sin embargo, insistimos, el sentimiento frente al *medismo* y la recepción de

⁶⁴ M. MILLER, *op. cit.*; D. ASHERI, *Fra Ellenismo e Iranismo. Studi sulla società e cultura di Xanthos nella età achemenide*, Roma 1983; J. M. BALCER, The Greeks and the Persians: the process of acculturation, *Historia* 32, 1983, 257-67 y Fifth century BC Ionia: a frontier redefined, *REA* 87, 1985, 31-42; M.-F. BASLEZ, Présence et traditions iraniennes dans les cités de l'Égée, *REA* 87, 1985, 137-55 y Les communautés d'Orientaux dans la cité grecque: formes de sociabilité et modèles associatifs, en: R. LONIS (ed.), *op. cit.*, 139-58; M. VICKERS, Interactions between Greeks and Persians, en: H. SANCISI-WEERDENBURG - A. KUHRT (eds.), *Achaemenid History IV, Centre and Periphery*, Leiden 1990, 253-62; D. J. MOSLEY, Greeks, barbarians, language and contact, *Ancient Society* 2, 1971, 1-6 y *Envoys and Diplomacy in Ancient Greece*, Wiesbaden 1973; L. G. MITCHELL, *Greeks Bearing Gifts. The Public Use of Private Relationships in the Greek World 435-323 BC*, Cambridge 1997; A. KUHRT - S. SHERWIN-WHITE (eds.), *Hellenism in the East. The Interaction of Greek and Non-Greek Civilizations from Syria to Central Asia after Alexander*, Londres 1987 y las siempre sugestivas y sugerentes páginas de A. MOMIGLIANO, *La sabiduría de los bárbaros: los límites de la helenización*, Madrid 1988, especialmente para el caso persa 195-235. Para Heródoto, véanse las siempre acertadas páginas de J. ROMM, *Herodotus*, New haven y Londres 1998, 94-113 y 173-190; y de E. LÉVY, *Herodote Philobarbaros ou la vision du barbare chez Herodote*, 193-244.

⁶⁵ J. WOLSKI, ΜΗΔΙΣΜΟΣ et son importance dans la Grèce à l'époque des Guerres Médiques, *Historia* 22, 1973, 3-15; D. GILLIS, *Collaboration with the Persians*, Wiesbaden 1979; D. F. GRAF, Medism: the Origin and Significance of the Term, *JHS* 104, 1984, 15-30. Hubo alguna excepción ilustre, como Jenofonte, aunque su posición fue algo interesada y tuvo no poco, no nos cansaremos de repetir, de espejismo espartano.

⁶⁶ Nos referimos obviamente a Ciro, aunque ahí jugaron también su papel monarcas como Darío I y, el aspirante a la realeza, Ciro el Joven; *vid.* M. MILLER, *op. cit.* cap. I.

⁶⁷ TH. HARRISON, *Greeks and Barbarians*, 11; A. G. GEDDES, Rags and riches. The costume of Athenian men in the fifth century, *CQ* 37, 1987, 307-331; L. KURKE, The politics of *habrosyne* in archaic Greece, *CLAnt* 11, 1992, 91-120 y M. LOMBARDO, <<Habrosyne e habra>> nel mondo Greco arcaico, en: *Forme di Contatto e Processi di Trasformazione nelle Società antiche. Atti del Convegno di Cornona (24-30 maggio 1981)*, Pisa/Roma 1983, 1077-1103.

⁶⁸ Pensemos en el astuto Temístocles o en el contradictorio Demóstenes (D. S. XVII, 4, 8). Y es que el dinero del Gran Rey hubo de ser una arma poderosa para comprar adhesiones -no así la del tebanos Epaminondas (AEL., *VH* V, 5)- y dividir para vencer,

lo oriental suscitó pasiones más encendidas de lo que a primera vista podría parecer, y frente a la constante invasión de tejidos orientales que vistió la iconografía cerámica ática (troyanos y amazonas vestidos a la persa)⁶⁹, o las apologías de las monarquías de Ciro en Jenofonte o Platón, hay que ser mucho más que cautos y descifrar qué intencionalidad escondían, ya que en aquella *καλοκαγαθία* de Ciro había mucho de espejismo espartano.

El irresistible objeto de admiración y fascinación que teóricamente podría representar a ojos de la aristocracia ateniense la monarquía y el estilo de vida persa como manifestación del confort⁷⁰ ha de ser puesto en cuarentena ante la reacción popular a la representación de *La toma de Mileto*, de Frínico, en el 493/2 a. C., o ante las denuncias de la suntuosidad de la aristocracia en la comedia aristofánica. Por otro lado, tanto Jenofonte como Platón encomian precisamente aquella austeridad y encratía que vistió todas y cada una de las acciones de Ciro⁷¹. Sin duda, pues, en la Atenas del siglo V y IV a. C. se vivió contradictoriamente el dilema de sucumbir a la fascinación por el lujo oriental, pero condenar la lujuria persa y actuar, incluso legislativamente, contra la propagación de la *μαλακία* como forma de vida; no obstante, la admirada austeridad de aquellos persas fundadores del imperio aqueménida se mezcló, y no poco, con el respeto hacia el sencillo y simple estilo de vida de los espartanos que propició la derrota y humillación de Atenas⁷².

La generalización del desprecio por lo persa o por lo bárbaro sería, no obstante, ingenua, ya que una cosa es la mentalidad y otra la necesidad. Así, el mercenario -como Jenofonte-, el comerciante, el artista o el médico -como Ctesias de Cnido-, pero también el exiliado -Hippias o Temístocles-, vencían súbita e interesadamente sus posibles prejuicios, si es que los tenían antes, y se volcaban al conocimiento de las costumbres de su nuevo benefactor. Los casos citados son suficientemente elocuentes. Es conocido que Temístocles aprendió persa por necesidad (PLU., *Them.* XXIX, 5; PLU., *Reg. et. imp. apophth.* = *Moralia* 185F; PHILOSTR., *Imag.* II, 31, 2). Son, si se quiere, modestos indicadores, pero no *única*, y lo cierto es que junto a la parodia de la lengua persa en Aristófanes (AR., *Ach.* 98)⁷³ existiría el conocimiento real por parte de más de un griego de la lengua de aquellos temibles bárbaros⁷⁴, aunque ese conocimiento fuese, si se quiere precario, y, a veces, despreciativo⁷⁵.

como nos revela el comentario irónico de Sócrates al afirmar que preferiría tener como amigo a Darío I que a un dárico (PLU., *De amore fraterno* = *Moralia* 486E). Vid. TH. J. SCHMIDT, *Plutarque et les barbares: la rhétorique d'une image*, Lovaina 1999.

⁶⁹ Para una identificación en la cerámica ática del Gran Rey con la figura de Príamo M. MILLER, Priam, King of Troy, en: J. CARTER - S. MORRIS (eds.), *The Ages of Homer: A Tribute to Emily Townsend Vermueule*, Austin 1995, 449-465.

⁷⁰ Así lo interpreta M. GRIFFITH, The King and Eye: the rule of the father in Greek Tragedy, *PCPhS* 44, 1998, 20-84; J. WIESEHÖFER, Persien, der faszinierende Feind der Griechen: Gütertausch und Kulturtransfer in achaimenidischer Zeit, en: R. ROLLINGER - CH. ULF (eds.), *Commerce and Monetary Systems in the Ancient World: Means of Transmission and Cultural Interaction. Proceedings of the fifth Annual Symposium of the Assyrian and Babylonian Intellectual Heritage Project held in Innsbruck, october 3rd-8th 2002*, Stuttgart, 2004, pp. 295-307. Más difícil de calibrar resulta el sentimiento popular, aunque ahí hay que mirar, sin duda, a la iconografía artística.

⁷¹ Aunque Platón censura el haber dejado la educación de los príncipes en manos de las mujeres, causa sin duda, en el imaginario griego, de desorden y decadencia, y en particular de la del imperio aqueménida (E. LÉVY, *Platon et le mirage perse: Platon Misobarbaros?*, 335-350).

⁷² Sin duda, la derrota desató una retórica recalitrante en favor de las buenas costumbres de los antepasados y recordó, una y otra vez, o los beneficios de decantarse por un estilo de vida austero e igualitario, el de los ἰσοδίαιτοι (TH. I, 6, 4), o los de las monarquías gobernadas por un rey filósofo e ilustrado, como leemos en Isócrates, Jenofonte o Platón (TH. HARRISON, *The Emptiness of Asia*, 105-8).

⁷³ R. SCHMITT, Perser und Persisches in der alten attischen Komödie, *AcIr* 23, 1984, 470 s.; B. HUTZFELDT, *op. cit.*, 135-138.

⁷⁴ TH. HARRISON, Herodotus' conception of foreign languages, *Histos* 2, 1998, www.dur.ac.uk/Classics/Histos. Sobre el conocimiento de la lengua persa por los autores griegos remitimos, más allá del ya citado, a los trabajos de R. SCHMITT, *Medisches und persisches Sprachgut bei Herodot*, *ZDMG* 116, 1967, 119-145; *Die iranier-Namen bei Aischylos*, Viena 1978; *Achaimenidisches bei Thukydides*, en: H. KOCH - D. N. MACKENZIE (eds.), *Kunst, Kultur und Geschichte der Achämenidenzeit und ihr Fortleben*, Berlín 1983, 69-86; *Die iranischen und iranier-Namen in den Schriften Xenophons*, Viena 2002. Para el análisis de los términos de origen persa que aparecen en los trágicos H. H. BACON, *op. cit.*, 15-24.



Lámina 3.- Amazona vestida a la persa.

Oriente fue, a su vez, tierra de maravillas, de prodigios, de portentos y de monstruos, en definitiva, de *mirabilia* o τερατεία. Al igual que los griegos, también los persas dirigieron su mirada hacia el este, aunque es revelador que encargasen esta misión a un cario de Carianda, de nombre Escílax. Los griegos, en cambio, crédulos y escépticos a la vez, seguían perpetuando relatos extraordinarios que tenían un modelo en los *Indiká* de Ctesias de Cnido. Una vez más, como se demostró con el contingente de sabios que acompañó a Alejandro en su conquista de oriente, tan sensible a la etnografía, el poeta prefiguraba al viajero, al explorador o al conquistador.

Pero, sin duda, la alteridad más atractiva y temida fue la persa, y si las Guerras Médicas marcaron un punto de inflexión en la representación de la alteridad, tampoco es menos cierto que fue del *otro* persa del que se hilvanaron más discursos y desde época más temprana, al menos desde que los jonios vieron cómo un pueblo bajado del Zagros conquistaba todo el Próximo Oriente⁷⁶. El caso persa, pues, se convirtió en un paradigma etnogeográfico en el que, sin duda, hubieron de mirarse muchos otros discursos sobre muchas otras alteridades.

Relata Heródoto (Hdt. I, 1-5) que los conflictos entre griegos y asiáticos –oriente, decíamos, era para los griegos Asia- arrancaron del rapto de mujeres (cf. Ov., *Am.* II, 17-8). Los fenicios, primero, raptaron a la argiva Ío. Los griegos respondieron entonces con el rapto, en Tiro, de Europa, y no contentos con la compensación raptaron también, en la Cólquide, a Medea. La respuesta de oriente se materializó en el rapto de Helena por Paris, origen de la guerra de Troya, que como dijo Plutarco *produjo a griegos y bárbaros una Iliada de males* (PLU., *coniug. praecept.* 21 = *Moralia*

⁷⁵ O. BUCCI, I rapporti fra la Grecia e l'antica Persia: appunti storico-giuridici per un dibattito sulla pretesa contraposizione fra Oriente e Occidente, 570 ss.

⁷⁶ M. CORSARO, Gli Ioni tra Greci e Persiani: il Problema dell'Identità Ionica nel Dibattito Culturale e Politico del V Secolo, en: H. SANCISI-WEERDENBURG - A. KUERT (eds.), *Achaemenid History VI*, 41-55.

141A). Ese contacto entre oriente y occidente abandonó la leyenda y el mito –sólo parcialmente-, la oralidad, y quedó fijado en una palabra escrita que fluyó del cálamo titubeante de los logógrafos jonios, que intentaron traducir lo real en racional, en *lógos*, viéndose abocados a la necesidad de explicar cómo se vivía a sus espaldas. Demasiado orgullosos para volver la vista atrás, optaron por mirar a través de un espejo⁷⁷, una astucia hermenéutica que certificaba su superioridad por el simple hecho de invertir el derecho y el revés, lo correcto y lo incorrecto. El reflejo de su realidad, invertida ahora, tan sólo podía ofrecer la imagen ilusoria de una alteridad de la que nada se podía emular. Aquel mundo reflejado y devaluado sólo podía ser concebido como negatividad.

No sólo en el nacimiento de la historiografía, sino que a través de toda la literatura clásica, a través de todos y cada uno de los géneros literarios y de los estilos artísticos⁷⁸, se enhebró una *retórica de la alteridad* que permitía la recepción de un conjunto de formas de vida calificadas genéricamente como bárbaras. Dicha retórica se configuró a partir de tres categorías⁷⁹. Por un lado, el mecanismo de la *inversión*, figura consistente en presentar ante el lector griego, como decíamos, una imagen invertida de su propio mundo, con sus modos de vida y sus valores transformados en sus contrarios. Se trataba, en resumen, de una transgresión de los valores de la colectividad helena que mostraba aún más bárbara a la alteridad. En segundo lugar, la categoría de la *diferencia*, consistente en mostrar todos aquellos puntos en los cuales los usos y costumbres de los bárbaros se manifestaban como contrarios u opuestos a los usos y costumbres de los griegos. Finalmente, la *analogía*, figura retórica mediante la cual se invitaba al lector a apoyarse en lo que le resultaba familiar y conocido para imaginar y aprehender lo desconocido, lo ajeno. Por supuesto, en un mundo dominado todavía por la oralidad y en el que los analfabetos serían legión dicha retórica de la alteridad hubo de plasmarse en un poderoso lenguaje iconográfico que impregnó el universo de las formas artísticas, aunque ése es un aspecto que sólo tangencialmente vamos a tocar.

Lírica, logografía jonia, historiografía, tragedia, comedia, filosofía, literatura científica, todos y cada uno de los géneros literarios, como hemos visto, construyeron su representación de la alteridad persa. Los persas fueron siempre definidos, en síntesis, mediante los siguientes conceptos: *τροπή* (molición), *ἀβρότης* (lujo), *ὑβρις* (soberbia), *ἀλαζονεία* (fanfarronería), *κόμπος* (jactancia), *ὑπεροψία* (orgullo), *μεγαλοπρεπεία* (magnificencia), *μεγαλοψυχία* (ufanía), *ὑπερηφανία* (arrogancia)⁸⁰. De ninguno de ellos, sin excepción, estuvo faltó tampoco el Gran Rey, casi siempre la sinécdoque *ad hoc* para representarse a los persas a través del exceso, siendo así vistos los bárbaros a través de un prisma deformador como el *Bárbaro*, el *Persa*, porque los Aqueménidas fueron los bárbaros con mayúsculas en tanto que señores de la barbarie también mayúscula, a saber, la persa. A través del análisis de la realeza aqueménida y de los *nómima* de su Gran Rey, voluntaria e involuntariamente distorsionado, se esbozó un retrato de la alteridad persa apoyado en intereses políticos, raciales y también psicológicos, en tanto que necesitaban buscar la risa y la ridiculización del enemigo. No es, en el fondo, sino un mecanismo de defensa para cauterizar la angustia sentida frente a un gigantesco enemigo de frontera con vocación imperialista. Y así, la figura del *μέγας βασιλεύς* se nos ofrece como una forma privilegiada de estudiar la representación de la alteridad persa en el imaginario griego, como un modelo de representación, sin duda, de larga duración.

⁷⁷ Precisa y acertada analogía de F. HARTOG, *Le miroir d'Hérodote*.

⁷⁸ B. COHEN (ed.), *Not the Classical Ideal. Athens and the Construction of the Other in Greek Art*, Leiden 2000, en especial, el trabajo de D. CASTRIOTA, *Justice, Kingship, and Imperialism: Rhetoric and Reality in Fifth-Century B. C. Representations Following the Persian Wars*, 443-479.

⁷⁹ La definición más preclara de las mismas se hallan en F. HARTOG, *op. cit.* y CH. JACOB, *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*.

⁸⁰ H. HABERKORN, *op. cit.*, 135-137; K. TRÜDINGER, *op. cit.*, 33.